

CAPÍTULO X

Continúan las persecuciones de Salazar y Chirinos contra los amigos de Cortés.—Insurreccion de algunos pueblos indigenas de Oajaca.—Los indios sublevados matan á ocho mil mejicanos que trabajaban en las minas y á varios españoles.—Marcha Chirinos á combatirles.—Llega Martin Dorantes á Méjico; se presenta en San Francisco y entrega los despachos y cartas de Cortés á los refugiados allí.—Estos proclaman que Cortés vive, y llaman á San Francisco á los que quieran convencerse de la verdad.—Placer que causa la noticia.—Nombran las personas que han de ejercer el mando en tanto que llega.—Se prende á Salazar.—Se hace lo mismo con Chirinos.—Llega Cortés á Méjico.—Brillante recepcion que se le hace.

1525 y 1526

La arbitrariedad y la injusticia de los gobernadores contra los amigos de Hernan Cortés habian llegado al grado mas alto. La menor palabra que manifestase aprecio al conquistador, era castigada con la prision, considerándola como pronunciada con intencion de trastornar el órden.

El número de los que se habían refugiado en San Francisco, para no verse aherrojados en estrechas prisiones, era ya crecido. Allí se encontraban Jorge de Alvarado, Andrés de Tapia, Juan Nuñez de Mercado, Pedro Moreno Medrano y otros varios distinguidos capitanes que se habían hecho notables por su valor, desde que pisaron las playas de Veracruz hasta la toma de Méjico.

Salazar y Chirinos hubieran deseado volver á allanar el asilo sagrado; pero el temor de que la repetición del atentado exaltase á la población, les contenía. Su principal cuidado era impedir que entrase arma ninguna en el convento, pues sabían que si los retraídos llegaban á conseguirlas, su poder desaparecería al momento.

Al temor que les causaba la reunión de los amigos de Hernán Cortés en San Francisco, se añadió otro, causado por una noticia alarmante. En los instantes que se preparaban á tomar nuevas medidas de rigor contra las personas que no les eran adictas, recibieron la nueva de que los indígenas de la provincia de Oajaca habían empuñado las armas, y que el primer acto de los sublevados había sido señalado con sangre. Con efecto, era así. Aprovechando las discordias suscitadas en la capital, quitaron la vida á ocho españoles que se ocupaban en el descubrimiento de minas. Los indígenas podían haber aumentado considerablemente su ejército, si después de matar á los ocho castellanos hubieran dado las armas á los indios prisioneros de distintas provincias que los españoles tenían trabajando en las minas. El número de esos prisioneros ascendía á ocho mil; fuerza que les hubiera sido leal para combatir contra la expedición que

sin duda enviarían contra ellos. Pero el odio que se habían profesado siempre los habitantes de los diversos señoríos antes de la conquista, no se hallaba extinguido; y los sublevados se lanzaron sobre los indios, vertiendo la sangre de aquellos ocho mil desventurados, que no tenían armas para defenderse.

En el momento que los gobernadores recibieron la noticia de la sublevación, salió Chirinos con doscientos infantes y cien jinetes á sofocar el movimiento. Los sublevados, llevándose todo el oro de que se habían apoderado en las minas, se hicieron fuertes en varios puntos ventajosos, de donde fueron desalojados, hasta que por último se situaron en un peñón de difícil acceso. No era Chirinos el jefe mas á propósito para aquella guerra de montañas, ni sus soldados, aunque valientes, estaban acostumbrados á las fatigas de los de Cortés. En vez, por lo mismo, de intentar la toma del peñón á viva fuerza, se limitó á cercarlo. Los indios, después de permanecer en la posición hasta que se les agotaron los víveres, lograron salir de noche sin ser vistos de los que les sitiaban, llevándose el oro.

Mientras Chirinos hacía una campaña sin gloria, Salazar tomaba en Méjico precauciones para su seguridad. Los retraídos en San Francisco habían logrado hacerse de algunas armas y trataban de dar muerte al segundo, aprovechando la ausencia del primero. En la manera de ejecutar el pensamiento hubo dos opiniones. Unos juzgaban que el momento mas oportuno era darle muerte cuando se dirigiese á misa; otros creían que debía hacerse de alguna gente y declararle abiertamente la guerra.

Salazar, aunque temia á los que habia perseguido y habia aumentado la guardia de su casa, trataba de manifestarse tranquilo y confiado. A fin de hacer creer que se juzgaba seguro y sin recelo de ninguna especie, dispuso un dia de campo, á una legua de la ciudad, al cual convidó á las personas principales de la capital. El sitio elegido eran unas preciosas huertas con magnífica arboleda, por el rumbo de San Cosme, pues en el cabildo de 12 de Enero de aquel mismo año de 1526, se le habia dado allí un sitio para jardin. Los convidados se dirigieron al lugar del convite, desplegando todo el lujo posible, y Salazar, acompañado de doscientos hombres, marchó con las personas de su mas alto aprecio.

En el mismo dia en que el ambicioso y vano gobernante se entregaba á los goces de la fiesta campestre, se presentó á los refugiados en San Francisco, un hombre que llegaba disfrazado completamente.

El misterioso personaje, al darse á conocer, causó una alegría general en los retraidos y en los religiosos franciscanos.

¿Quién era aquel hombre y cómo habia llegado? Vamos á decirlo.

Dejamos, al terminar el capítulo anterior, saliendo del puerto de Trujillo un buque enviado por Hernan Cortés á las playas de la Nueva España. En aquel buque marchaba Martin Dorantes, fiel servidor del conquistador, con cartas para sus amigos y con el importante documento en que conferia á Francisco de las Casas el gobierno de Méjico hasta su regreso de Honduras.

La navegacion fué feliz, y Dorantes desembarcó en

una bahía entre Pánuco y Veracruz, según las instrucciones que le habia dado Cortés. Inmediatamente que saltó á tierra, habiendo cambiado antes su traje por otro como de labrador que el general le habia mandado hacer en Trujillo, y llevando ocultos los poderes y las cartas, emprendió su camino, á pié, hácia la capital. Cuando llegaba á los pueblos de indios en que habia españoles, se mezclaba entre los nativos, procurando hablar lo menos posible con sus compatriotas, pues aunque hacia mas de dos años que faltaba de Méjico y se habia dejado crecer la barba extraordinariamente, dando á su fisonomía otro aire y otro aspecto, temia que alguien le conociese. Activo y suelto, y no deteniéndose mas que lo muy preciso para comer algo, continuó su marcha fingiéndose labrador de la costa, y á los cuatro dias, en las primeras horas de la noche, logró entrar en Méjico sin despertar las sospechas de nadie.

El hombre que se habia presentado en San Francisco, en los momentos en que Salazar volvia satisfecho del dia de campo dado á sus amigos, era Martin Dorantes, el fiel criado de Hernan Cortés.

La alegría de los refugiados en el convento fué indescriptible al saber que vivia su querido general. Se leyeron sus cartas con avidez; vieron con gusto que destituia del mando á los dos inicuos gobernadores, y se dispusieron á ser ellos los vengadores de la justicia y de los derechos ultrajados. Para evitar que ningun criado pudiese dar aviso á Salazar de lo que pasaba, cerraron todas las puertas del monasterio; enviaron personas de confianza á los amigos, dándoles noticia de lo dispuesto por Cortés, y

dieron todos los pasos que juzgaron convenientes para arrojar del poder á los tiranos gobernadores. Pronto se reunieron mas de cien personas en el convento; se hicieron de armas y caballos, se leyeron, á los que se presentaron, las cartas de Hernan Cortés, y en la misma noche se convocó el Ayuntamiento, no concurriendo mas que un solo alcalde y algunos regidores. Entonces Jorge de Alvarado, montando á caballo y poniéndose al frente de treinta jinetes bien armados, empezó á recorrer las calles de la ciudad, proclamando que Cortés vivia y que los que anhelasen servir al rey acudiesen á San Francisco, donde verian las cartas y provisiones del conquistador. La luna brillaba dejando conocer fácilmente las personas, y los vecinos, al escuchar de los labios de Alvarado la inesperada nueva, salian de sus casas dando gritos de alegría y se acercaban para adquirir algunos pormenores del suceso. Pocas horas despues, el convento de San Francisco se hallaba lleno de gente, que habia acudido con sus armas al llamamiento hecho en nombre del rey. El capitán Andrés de Tapia, á quien se habia elegido para que hiciese cabeza en el movimiento, envió inmediatamente por el contador Albornoz y el tesorero Alonso de Estrada que estaban en un pueblo distante dos leguas de la capital, dándoles noticia del suceso. Ambos habian sido despojados del mando por Salazar y Chirinos, y podian volver á empuñar las riendas del gobierno.

Reunidos todos, Andrés de Tapia dirigió un breve discurso en que pintó la conducta arbitraria y tiránica de Salazar y de Chirinos; expuso la urgente necesidad que habia de nombrar un teniente de gobernador durante la

ausencia de Cortés, y terminó diciendo que las personas que anhelasen defender las disposiciones del monarca se quedasen, pudiendo retirarse las que pensasen de otra manera.

No hubo uno que no conviniese en la necesidad de nombrar la persona que debia ponerse al frente del gobierno; Francisco de las Casas, que era el elegido por Cortés, habia sido enviado preso á España por Salazar, y se necesitaba que se pusiera otra persona digna. Sin embargo, todos manifestaron que primero se eligiesen los capitanes que debian dirigir la prisión de Salazar y de Chirinos. El nombramiento recayó en Andrés de Tapia, Jorge de Alvarado y Alvaro de Saavedra, y en seguida fueron elegidos por gobernadores interinos, el contador Albornoz y el tesorero Alonso de Estrada.

La noche se pasó dictando las disposiciones que se juzgaron necesarias para derrocar á los gobernadores y hacer triunfar los derechos de Cortés. Al amanecer del siguiente día, las personas reunidas en San Francisco se formaron. Eran como quinientas. Al frente de ellas se pusieron Andrés de Tapia, Jorge de Alvarado y Alvaro de Saavedra. Al lado del primero de estos capitanes iba Martín Dorantes, el fiel servidor de Cortés, que habia conducido las cartas y documentos que le confió el conquistador.

Entre tanto Salazar se habia preparado para resistir. No ignoraba ninguna de las disposiciones de sus contrarios, y reuniendo una fuerza de mil hombres, la situó en las bocacalles contiguas á la casa en que vivia, que era la de Hernan de Cortés, en el Empedradillo, donde se halla actualmente el Montepío. En la azotea del mismo edificio

colocó algunos arcabuceros, y él se puso en uno de los puntos avanzados, con lo mas granado de su gente y de su mas alta confianza. Su posicion era ventajosa y la hacian aun mas fuerte doce piezas de artillería que habia colocado convenientemente.

Aunque los amigos de Cortés carecian de cañones y eran muy inferiores en número, no titubearon un solo instante en marchar sobre el punto fortificado por el gobernador. Los bravos capitanes, confiados en la causa de la justicia y en su valor, salieron de San Francisco y se dirigieron denodadamente hácia la casa de Salazar. Para que nadie dudase que el movimiento era en obsequio del deber y en servicio del monarca, iban gritando: «Viva el rey nuestro señor y Hernan Cortés en su nombre que felizmente vive.»

Los vecinos, al escuchar que se trataba de servir al soberano y ver á Martin Dorantes al lado de los capitanes, se persuadieron de la verdad de lo que se proclamaba, y salian á unirse á los que marchaban contra el gobernador.

Al llegar la columna cerca de la casa de Salazar, Andrés de Tapia dijo á sus compañeros que, antes de atacar á sus contrarios, juzgaba conveniente intimar la rendicion al gobernador. Manifestó que no seria justo verter con sus espadas la sangre de los que, engañados por Salazar, estaban dispuestos á defenderle, y concluyó diciendo que él queria adelantarse para ver si lograba que se evitasen desgracias.

La columna hizo alto, y entonces Andrés de Tapia, dirigiéndose á caballo hasta la bocacalle próxima á la casa del gobernador, dijo en voz alta: «Señor Salazar, y vos-

otros los que estais á su lado, yo vengo á ofreceros la paz; Hernan Cortés vive: aquí está su leal servidor Martin Dorantes, que ha sido portador de sus nuevas disposiciones y de varias cartas para diversas personas: sed testigos de que no queremos hacer uso de las armas, hasta no vernos en el lamentable caso de tener que ocurrir á ellas: me habeis arruinado quitándome los cortos bienes que tenia; pero no conservo rencor ninguno por ello. Habeis asegurado, señor factor, y á mí me lo dijisteis, que habiais recibido orden del consejo del rey para prender á Hernan Cortés y matarle. Si es así, mostrad esas instrucciones, y todos las acataremos, como estamos obligados. Si no las teneis, desengañad á los que os siguen, pues así evitareis que incurran en un delito contra nuestro rey. Mostrad, repito, esa órden, y la respetaremos.»

Salazar, cegado por el orgullo y resuelto á sostenerse en el poder, contestó con altivez: «que no tenia el documento que se le exigia: que habia obrado conforme á sus convicciones, y que estaba resuelto á vencer ó morir en la empresa.» Al escuchar esta respuesta que ponía de manifiesto las bastardas miras de Salazar y la injusticia de sus actos, arrimando las espuelas á su caballo, exclamó: «Caballeros, prendedle si no quereis ser traidores.» El gobernador, lleno de ira, tendió la mano con la mecha encendida, á un cañon que tenia á su lado, diciendo: «Calla, ó disparo.» En aquel instante, Luis de Guzman, jefe que mandaba la artillería, le dijo que los contrarios trataban de tomarles la espalda y que convenia entrar en la casa, donde podrian defenderse mejor.

Con efecto, los amigos de Cortés habian hecho un mo-

vimiento en aquella direccion, y Salazar entró en su casa, cerrando inmediatamente las puertas y preparándose á la defensa. Una gran parte de su gente quedó fuera y se unió á Tapia. Al verse los jefes del movimiento con fuerzas muy superiores al factor, hicieron que se presentase el ayuntamiento, el cual reconoció el nombramiento hecho en Estrada y Albornoz para gobernadores, poniendo por condicion que hicieran á Andrés de Tapia alguacil mayor y capitán general, á Jorge de Alvarado teniente de las atarazanas, y á Alvaro de Saavedra teniente del gobernador de Veracruz.

Hechos unos nombramientos y reconocidos otros por el ayuntamiento, se colocó á los gobernadores en medio de la tropa formada en columna, al frente de la cual marchaba Andrés de Tapia haciendo publicar los empleos provistos. En los momentos en que se acercaba al edificio en que se hallaba Salazar con sus partidarios, le avisaron que se cuidase, pues le estaban apuntando los arcabuceros contrarios. Andrés de Tapia, al escuchar aquellas palabras, lejos de cuidarse del peligro, acercó las espuelas á su caballo y se lanzó sobre la fuerza de piqueros que defendían la puerta de la casa, haciéndoles huir al interior del edificio, cuya puerta cerraron. Entonces recibió el valiente capitán una enorme pedrada en la cabeza, arrojada por mano hercúlea, que le hizo caer del caballo. Entre tanto que volvía á montar, Jorge de Alvarado emprendió el asalto, y tirando las puertas al suelo, penetró en el edificio con su resuelta gente, poniendo en fuga á los enemigos, que huyeron por las azoteas y descolgándose por los balcones.

No tuvo la misma suerte Salazar, pues seguido de cerca por los amigos de Cortés, fué hecho prisionero por el mismo Jorge de Alvarado. Al saber su prision, el pueblo se dirigió á él para matarle; pero Andrés de Tapia corrió á reunirse con Alvarado para evitar que se derramase su sangre, y lo mismo hizo Alvaro de Saavedra. Contenido el furor de la plebe por los tres capitanes que se habían puesto al frente del movimiento, se dispuso conducir al poderoso preso al sitio en que debía estar encerrado. Inmediatamente se le echó una pesada cadena al cuello, y de esta manera se le paseó por las calles y plazas para que la poblacion entera le viese. Todo el mundo se asomaba á los balcones y salía de las casas para ver aherrojado al hombre que poco antes ejercía un mando absoluto y se hacia temer de sus gobernados. El que habia mandado dar tormento al desgraciado Rodrigo de Paz privándole luego de la vida, se hallaba puesto á la vergüenza pública, humillada su soberbia, despojado de su poder. El mando que se adquiere por actos injustos y crueles, generalmente acaba con vilipendio y desprecios.

No encontrando sitio que les pareciese bastante seguro para tener preso al temible hombre que acababa de caer del poder, se hizo una jaula de gruesas vigas al efecto, donde se le encerró como á una terrible fiera, en tanto que se le formaba proceso.

Los nuevos gobernadores pasaron á habitar el palacio de Cortés, que era el edificio en que habían vivido desde un principio los encargados del gobierno. Pronto vieron los que habían hecho el movimiento, que los nuevos gobernantes no correspondían á las esperanzas del público.